

COOPERACIÓN Y DESARROLLO: ENTRE LA FARSA Y LA NECESIDAD

Chaime Marcuello Servós

Acción Solidaria Aragonesa

La llamada cooperación al desarrollo ha sido desde sus inicios una forma de intervención internacional que ha tenido muchos rostros y, por eso mismo, otras tantas lecturas e interpretaciones. Para la mayoría de autores especializados en esta materia, la cooperación y las teorizaciones sobre el desarrollo surgieron, en sentido estricto, tras la II Guerra Mundial. Aunque en un sentido más amplio son asuntos transversales a la historia humana.

El discurso de Truman, con su archiconocido punto cuarto, y el plan Marshall de ayuda a los países europeos en la postguerra mundial se convirtieron en las referencias obligadas. Después vinieron los cambios en el orden internacional. Empezando con el desmantelamiento de los viejos “imperios”. La formación de la lógica de bloques, contruidos en torno a la amenaza permanente de conflagración por causa de la Guerra Fría —ahora casi olvidada—. La “aparición” del Tercer Mundo y las listas del subdesarrollo. Las consecuencias de los acuerdos de Breton Woods y sus instituciones. La gestión del Comité de Ayuda al Desarrollo (CAD en el seno de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE)... Son algunos elementos que han de recordarse para entender la génesis, bases y evolución posterior de la cooperación internacional al desarrollo.

Además, hablar de cooperación y de desarrollo es hablar del (des)orden internacional, pero también de los microcosmos y asuntos locales donde personas de contextos muy dispares viven su vida cotidiana. Es un asunto complejo por la intrincada red de elementos y relaciones a tener en cuenta. Pero, sobre todo, por las complicaciones que impiden responder de forma sencilla a la pregunta *¿por qué no viven bien todos los seres humanos? ¿por qué no tienen una vida buena siendo que existen posibilidades para tenerla?*

Y al plantear ese “vivir bien”, —esa vida buena—, no hay un intento de dominación etnocéntrica o ideológica. Al contrario, cuando alguien se encuentra frente a otras personas en situación de extrema pobreza, de desnutrición o de enfermedad... la pregunta no pretende imponer una respuesta imperialista. La urgencia obliga a buscar soluciones que, primero, garanticen la existencia... y, después, construyan el horizonte que se quiera alcanzar. Preguntando, pensando, haciendo, cuestionando, criticando... apoyando.

Quizá sea inevitable pensar con criterios propios —pero exógenos— la solución a asuntos ajenos —aunque, endógenos—. Quizá sea imposible hacerlo para el mundo desde una mirada global, coordinada y cooperativa. ¿O quizá esto sólo sea un matiz improcedente cuando el mundo resulta que ya tiene todos los mapas trazados? Esto es, cuando la cartografía del planeta está disponible a golpe de ratón... de ratón de computadora conectada a Google maps. Vemos entonces que una foto estática del planeta nos hace visible el territorio como si lo sobrevolásemos. Un mundo que, sin embargo, no se deja atrapar por las fotos... porque es dinámico, sometido a numerosos vectores de fuerzas dispares y, las más de las veces, divergentes. Que impiden respuestas fáciles.

Así hemos construido un mundo desde la distribución desigual del poder. Y el poder, en este caso, se entiende como la capacidad de uno o varios actores para que otro(s) se vea(n) obligado(s) a actuar con arreglo a los criterios y/o deseos del(os) primero(s). Así, en los discursos de la cooperación internacional se suelen camuflar las relaciones de poder, —asimétricas, de suyo—, entre quienes tienen la posición de donantes frente a sus receptores.

En una de sus caras, la cooperación al desarrollo ha sido una herramienta más de las relaciones entre estados. Gobiernos que pugnan por consolidar sus estrategias de dominación en un sistema global que ha ido modificándose a medida que las lógicas sobre los derechos humanos, la sociedad civil global o la humanidad como un único sistema social han ido fraguando visiones del orden internacional más cosmopolitas y abiertas a la seguridad humana, “superando” la seguridad de los territorios. Sin embargo, una cosa ha sido lo que se ha dicho y otra lo que se ha hecho en cooperación y en desarrollo.

Por eso mismo se puede afirmar que son dos temas que se han vertebrado, —en una de sus caras—, desde la farsa. Farsa o fariseísmo de quienes han perpetuado una distribución de los bienes del planeta de una forma a todas luces injusta y desequilibrada. ¡O si no algo extraño ha pasado durante las últimas décadas! Porque o bien los expertos en cooperación erraban sus análisis, diseños y actuaciones... O bien estaban apuntando a otros intereses.

Ejemplos hay muchos que podrían utilizarse, sólo con mirar los flujos de fondos de la cooperación española o incluso de otros casos más “ilustres”. Dicho de otra manera, si la cooperación internacional al desarrollo se entiende como una política pública que pretende resolver problemas... como tal parece que ha sido un fracaso. Los problemas resueltos han sido mínimos y en muchos lugares multiplicados.

Ahora bien, en esa gran representación teatral al servicio de las políticas internacionales de los estados con aspiraciones a “potencia” mundial —y sus respectivas tramoyas de gobernantes—, las palabras han ido produciendo efectos curiosos. La cooperación y el desarrollo, en tanto que teorías, han afinado los instrumentos, las reglas e, incluso, han generado cambios en las relaciones en la arena internacional creando un contexto simbólico que convierte a la cooperación internacional en una necesidad. Necesidad que muchas organizaciones sociales de carácter no gubernamental y sin ánimo de lucro han ido empujando para que entrase en las agendas políticas de sus respectivos gobiernos.

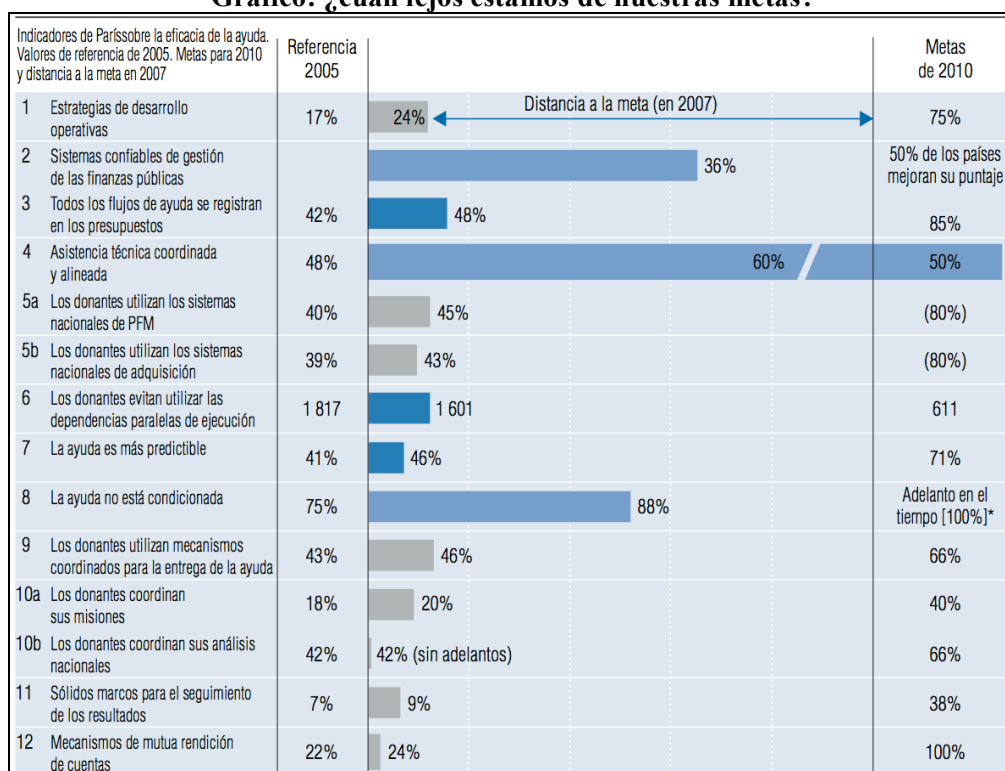
Para ello basta con recordar el llamado Consenso o Declaración de París de 2005, el preámbulo donde se exponen los objetivos comienza así:

“Nosotros, Ministros de países desarrollados y en desarrollo, responsables de fomentar el desarrollo, y nosotros, Directivos de instituciones de desarrollo multilaterales y bilaterales, reunidos en París el 2 de marzo de 2005, estamos resueltos a emprender acciones de largo alcance y supervisables con vistas a reformar las formas en las que suministramos y gestionamos la ayuda, mirando hacia el futuro la revisión quinquenal de la ONU de la Declaración del Milenio y los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) más adelante en el año. Como en Monterrey, reconocemos que si es necesario aumentar el volumen de la ayuda y de los otros recursos del desarrollo para lograr estos objetivos, también es preciso aumentar al mismo tiempo de manera significativa

la eficacia de la ayuda al Desarrollo, así como respaldar el esfuerzo que realizan los países socios reforzando sus gobiernos y mejorando el desempeño del desarrollo. Esto será tanto más importante si las existentes y nuevas iniciativas bilaterales y multilaterales conducen a ampliar todavía más la ayuda”¹

Vuelven a sonar como palabras cargadas de sentido y de contenido... que debe ser contrastado con las prácticas. Y por lo que parece en el “negocio de la cooperación”, también llamado “industria de la cooperación”, se le está dando el seguimiento riguroso que merece tal declaración. Sirva el siguiente cuadro para tener una aproximación general a los indicadores y su cumplimiento.

Gráfico: ¿cuán lejos estamos de nuestras metas?



Fuente: CAD (2008): Encuesta de 2008 de seguimiento de la Declaración de París ¿ayuda eficaz en 2010? Lo que hará falta para lograrlo. Resultados más importantes y recomendaciones. OCDE. Disponible en, <http://www.oecd.org/dataoecd/58/47/41202196.pdf>

Sobran los comentarios a las cifras, cada quien puede opinar. Ahora, en todo esto ¿qué ha pasado con la cooperación desde las “bases”? ¿qué decir de la cooperación y del desarrollo desde las llamadas ONGD? Pues, quizá algo similar a lo anterior. Aquí también se han provocado varias paradojas.

Muchas entidades han hecho tan bien su trabajo que han creado verdaderos emporios internacionales con muchas personas contratadas trabajando al servicio de las gentes más pobres. Se ha convertido en un subsistema social con vida propia, donde si esa pobreza del mundo desapareciera, da la impresión que seguirían gestionando recursos y no se caería su tenderete...

¹ Disponible en: www.oecd.org/dataoecd/53/56/34580968.pdf, consultado en septiembre 2009.

A veces en esas tareas de gestión —cada vez con más recursos, con más proyectos en más países y destinos, con más expertos elaborando informes, realizando diagnósticos para conseguir más fondos...— parece que han desaparecido los destinatarios. Y así se han convertido, como dicen desde hace tiempo en Centroamérica, en las “financieras”. Aunque para los “diplomatas” y los burócratas de la cooperación “oficial” estas gentes sólo son meros ponedores de tiritas... o “cooperantes de alpargata” (sic).

Otras han conseguido sostenerse en sus planteamientos, realizando acciones punto a punto, que tienen un impacto minúsculo en las dimensiones globales de este gran circo. Sus críticos las consideran inoperantes para solucionar problemas. Incluso las perciben como unos competidores que restan fondos a sus arcas. Porque se nutren de los mismos recursos escasos —tanto del altruismo de la sociedad civil y sus donaciones como de los fondos de las instituciones estatales—. Sus tiritas todavía tienen menos visibilidad en el mapa global... pero, probablemente, más sentido que los programas bilaterales que destinan grandes cantidades de dinero a asuntos de “interés nacional”.

¿Dónde colocar los 25 años de ASA dentro de estas coordenadas? Pues en un lugar *microscópico* si se compara con las grandes INGO —así se llama a las ONG internacionales, aquellas que tienen un tamaño y una distribución geográfica merecedora de tal calificativo—, y *rebeld*, si se contrasta con las QuaNGO —las quasi ONG porque tienen relaciones espurias con el estado—... pero sobre todo original y auténtico. ASA es un “lugar”, sobre todo para trabajar en donde tiene más sentido, —a pesar de los pesares—, es decir: en la “casa” donde se vive... pero con vocación de participación global.

El principal cambio del mundo no está afuera, es personal. No queda más remedio que reconocerlo así, como lo decían los versos del poema hindú, tantas veces recitado. Si cada uno, persona a persona, diéramos un vuelco a nuestras prácticas cotidianas orientándolas hacia los valores de compromiso, coherencia y trabajo que se ha respirado en ASA desde sus orígenes, otro mapa del mundo tendríamos a la mano. Otra forma de cooperación al desarrollo se habría hecho.

Quizá ese mínimo paso sea el más necesario. Probablemente, habrá más de uno que esto le parecerá una absoluta majadería... ¡qué se le va a hacer! Construir un mundo mejor no es sólo una cuestión macrosocial y suprasistémica, se percibe con sentido cuando se construye desde unas bases que vislumbran el estar en el mundo como un encargo y una tarea... Siempre abierta, como ASA.